

LECCIÓN DOS

LAS DOS GRANDES VERTIENTES EN LA CONSTITUCIÓN DE NUESTRAS NACIONES

DISEÑANDO LA PATRIA DEL CRIOLLO

En la lección anterior se hablaba en general de América. “Para nosotros, la patria es la América”, dijo arquetípicamente Bolívar, pensando en nuestra América, que él no llamaba todavía así (el sintagma lo difundirá Martí en el último cuarto del siglo XIX), sino la América meridional. Otro tanto pensaron San Martín, Sucre y muchos más, todos los cuales tenían una visión continental, no local. Después de Ayacucho, después de la independencia del Continente, comenzó otro período, que he llamado “Diseñando la patria del criollo”. Forjé esta expresión a partir del título del libro de Severo Martínez Peláez *La Patria del Criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. Pero voy a tomar en consideración no al pensamiento de la Guatemala del momento (aunque algo habría que decir sobre José del Valle, a quien Peláez juzga con rigor), sino sobre todo a los de Argentina y Chile, donde después de la independencia fueron notorios los intentos por diseñar patrias a la medida del criollo: valiéndonos de esta última palabra para aludir al descendiente americano de europeos que se creía uno de ellos, y en consecuencia radicalmente distinto del aborigen, el negro y el mestizo americanos. Aquellos habían dejado de lado, por considerarlo irrealizable, el proyecto continental de muchos de los emancipadores, y lo que se proponían era diseñar patrias más o menos como las que han llegado

a nuestros días. Tales patrias se imaginaron como homólogas o versiones trasatlánticas de países europeos de capitalismo desarrollado (prefero decir subdesarrollante); aunque de este lado del Atlántico se iba alzando otro modelo también tentador: el de Estados Unidos. De ahí el anhelo de procurarse inmigración blanca, es decir europea; y el haber facilitado la condición neocolonial que usufructuaron nuevas metrópolis: Inglaterra en primer lugar. Figuras notables y no siempre coincidentes, como el venezolano-chileno Andrés Bello, los argentinos Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, y el chileno José Victorino Lastarria fueron pensadores de esta tendencia. En ella, en cierta forma, cabría adscribir al cubano José Antonio Saco, cuyo modelo en este hemisferio fue Canadá (colonia también, pero de Inglaterra), en vez de Estados Unidos, que él temía razonablemente que absorbiera a Cuba –sobre el caso más señalado, el de Argentina, Tulio Halperin Donghi compiló una útil antología (1979). La fórmula arquetípica de esta cohorte de pensadores bien podría ser el título inicial de la famosa obra de Sarmiento en torno a Facundo Quiroga: *Civilización y barbarie*, de 1845. El falso dilema reaparecerá más de medio siglo después en otra obra maestra, esta vez brasileña: *Los sertones* (1902) de Euclides da Cunha, quien sin embargo afirma que la campaña que allí describe, en la cual la “civilización” derrotó a la “barbarie” en 1897, “fue, en la significación integral de la palabra, un crimen”. Así lo denunció en su fuerte libro.

Al afrontar este tema, no se puede menos que recordar el libro de Benedict Anderson (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, un libro estimulante, aunque se discrepe de él aquí o allá. Por ejemplo, Masao Miyoshi (1993), en su trabajo “Del colonialismo al transnacionalismo”, pregunta quién imagina esas comunidades. Una pregunta al parecer ingenua, pero que estremece al libro. En cierta forma, si no el núcleo, sí uno de los núcleos de este libro son esas patrias del criollo que él considera naciones y a las que creo que sobrevalora, dando a entender que son las naciones por antonomasia; que incluso las naciones europeas son posteriores en sus estructuras a estas naciones sudamericanas. Me parece que, en general, Anderson opaca la importante diferencia entre el momento de la emancipación y aquel que refiere a la instancia del diseño de las naciones. Sostengo que en realidad hay un corte grande entre ambos. Ya se mencionó cómo para los emancipadores “la patria es la América”, que no es el caso de los diseñadores de naciones parciales. Por otra parte, en general los emancipadores no se presentan como racistas, lo que es evidente en el caso haitiano. Ni siquiera los conservadores sociales se manifiestan como tales. En otro orden de cosas, Anderson minimiza la cuestión idiomática. Dice que “no se planteó siquiera el problema de la lengua”. Tal problema, sin embargo, fue capital, por lo menos en

Hispanoamérica. La polémica sobre el punto entre Bello y Sarmiento es clásica. Y el tema llevó a Bello a realizar una de las grandes hazañas de nuestra cultura: su *Gramática*, que autores como Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso tenían como la mejor del castellano. Tal obra se explica ante una gran preocupación por la lengua, por el temor de que el español se fragmentara en Hispanoamérica como había pasado con el latín a la caída del Imperio Romano.

En vez de la palabra “nación” he preferido la palabra “patria”, la cual, como dice Romero, “es más emocional”. “Nación” es más conceptual. Martí sería muy fiel a la palabra “patria” (Romero, 1977). El primer periódico fundado por él se llamó *La Patria Libre*; y el último, *Patria*. Ninguno se llamó *La Nación*, aunque tal fue el título del periódico bonaerense del que fuera durante diez años corresponsal en Nueva York. No puedo olvidar que vivo en un país cuya consigna central no es “Nación o muerte”, sino “Patria o muerte”, y creo que ello se debe a la profunda herencia americana que tiene mi revolución, incomprensible tanto en sus virtudes como en sus mancuadades si se la saca del contexto de nuestra América.

A diferencia de la lección anterior, en que, salvo casos como el de Bolívar, nos encontramos con hombres de acción cuyo pensamiento se expresaba en documentos secos, aunque no carentes de pasión histórica, aquí sí hay grandes escritores y grandes pensadores: Andrés Bello, quizá el hombre de letras por excelencia; Sarmiento, el prosista mayor de Hispanoamérica antes de Martí, a quien Sarmiento apreció tanto como escritor; Alberdi, para algunos el iniciador de la filosofía auténticamente americana; los agudos Lastarria y Saco; Justo Sierra, uno de los grandes maestros de México. Si los emancipadores fueron figuras románticas en su actuación, estos, por lo general, no tuvieron esa aura. Pero eran grandes fundadores de pueblos, aunque a ratos discrepemos tanto de algunos de sus criterios. Martí, por ejemplo, admiraba mucho estilísticamente y por algunos costados creadores, que sin duda tuvo, a Sarmiento. Pero nunca escribió un trabajo sobre él, ni siquiera a raíz de su muerte en 1888. Hecho notable, porque ya se ha dicho que Martí era corresponsal del periódico argentino *La Nación*, y Sarmiento era allí una figura capital. Y es que las discrepancias martianas con las ideas sarmientinas eran, en algunos puntos, muy grandes. Frente a la tesis de *Civilización y barbarie*, Martí impugnará en 1884 (aún en vida de Sarmiento) “el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea” (Martí, 1975a: VIII, 442) –con

este último sintagma se refería, obviamente, a Estados Unidos. Y en 1891, en “Nuestra América”, añadirá: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (Martí, 1891). Sin embargo, en carta a un amigo, a propósito de un gran elogio que sobre su escritura hizo Sarmiento, llamará a este “el verdadero fundador de la República Argentina”. Bello es una figura también fundadora para Venezuela y Chile, como para este último país lo será también Lastarria. Y otro tanto cabe decir de las grandes figuras de la Reforma mexicana, que llegarían a influir en Martí.

Sin embargo, veamos las virtudes y las limitaciones de esa fundación que ellos hacen. En primer lugar, estas patrias, o si queremos estas naciones, como ya se ha dicho, nacen de la fragmentación de Hispanoamérica (ya que Brasil, la América portuguesa, logró conservar su unidad). Más o menos van ateniéndose a las estructuras administrativas que tenían cuando eran colonias españolas. Pero en algunos casos se fragmentan todavía más. Por ejemplo, Centroamérica se rompe en pequeños países; el Río de la Plata, en tres países. Quedamos como “los Estados Desunidos de la América del Sur”, según nos llamó Bilbao (1986: 60).

Andrés Bello es el iniciador de la poesía moderna hispanoamericana, con sus silvas “Alocución a la Poesía” (1823) y “La agricultura de la zona tórrida” (1826). La primera apareció en la *Biblioteca Americana*, la inicial revista cultural nuestra, explicándose que era un fragmento de un poema inédito llamado “América”. Al frente de la revista se lee esta dedicatoria: “Al pueblo americano”. Ese mismo año de 1823 Estados Unidos emitió la Doctrina Monroe, hecho singular porque “el pueblo americano” a que se refería Bello no era el mismo que el de la Doctrina. Esta última ha sido sintetizada “América para los americanos”, y, aunque no se dijera explícitamente, la historia iba a demostrar que “América” era el continente de polo a polo, pero “americanos” eran los estadounidenses. Mientras, Bello dedicó su revista a lo que Bolívar consideraba habitantes de la América meridional. La otra gran silva de Bello salió en otra revista suya, *El Repertorio Americano*, publicada como la anterior en Londres, y cuyo título sería retomado por el costarricense Joaquín García Monge para su gran revista del siglo XX. Ambas silvas son poemas neoclásicos en los que se convoca a la poesía a trasladarse a América y ocuparse de cuestiones prácticas, como la agricultura. Tales poemas hace tiempo que no se leen con el mayor de los gustos, pero Henríquez Ureña llamó la atención sobre el hecho de que si alguna vez, como le ocurrió a T. S. Eliot en lengua inglesa, renaciera la atracción por la poesía neoclásica en nuestra lengua, volvería el gusto por dichos poemas. Desde ahora, sin embargo, debe decirse que el llamar a cantar los hechos americanos tendría herederos tan espectaculares como el *Canto general* de Pablo Neruda. Y aparte de la poesía,

que no fue el fuerte de Bello, su obra intelectual es imponente. Ya se mencionó su *Gramática*. Hay que añadir su *Filosofía del entendimiento*, sus estudios jurídicos, su construcción de la Universidad. Pero ¿cuál era su visión de la historia? En 1843 afirma en su discurso con motivo de la inauguración de la Universidad de Chile: “La misión civilizadora, que camina como el sol de Oriente a Occidente, y de la que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto”. Aquí hay una refutación de Hegel, en cuya *Filosofía de la historia* se dice también que la historia va de Oriente a Occidente, pero se añade que el final de la historia es Europa. Para Bello, somos más occidentales que los occidentales europeos. En el mismo contexto expresa luego: “Comparemos a la Europa y a nuestra afortunada América con los sombríos imperios del Asia o con las hordas africanas en que el hombre es apenas superior a los brutos” (Bello, 1981). Este criterio va ser sostenido por el núcleo de pensadores que están “diseñando la patria del criollo”.

El representante arquetípico de ello fue Sarmiento, figura grandísima: pensador, periodista, polemista, maestro, estadista (llegó a presidir su país), escritor fuerte y brillante como pocos, hombre original y valiente que estimuló la pedagogía y la escuela laica, y defendió a la mujer. Por desgracia, fue un racista terrible. La Argentina que quería civilizar (léase europeizar), educar y laicizar era la de los blancos, porque con respecto al resto su teoría y su práctica fueron terribles. Se le atribuye haber dicho al general Roca que nada era más hermoso que regresar de la pampa con el brazo tinto con la sangre de gauchos y de indios. En su famoso libro *Facundo* expuso “la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena. La contraposición de dos fuerzas, la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana”. Él mostrará allá “un gobierno que transportaba la Europa a la América, acullá otro que odiaba hasta el nombre de civilización”. No desconoce que en nuestra América se han mezclado blancos, indios y negros, pero deplora que “de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad y su incapacidad industrial. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de los indígenas”. Artigas es para él “un instrumento ciego de instintos hostiles a la civilización europea”; el Doctor Francia “destruye la civilización” (Sarmiento, 1997). Lo que Sarmiento defiende son “los intereses europeos, que no pueden medrar en América sino bajo la sombra de instituciones civilizadoras y libres”. Sarmiento encarna la representación europea, y se da cuenta de que hay comparación posible con otras zonas del planeta. Por eso dice: “La misma lucha de civilización y barbarie, de la ciudad y el desierto, existe hoy en África”. Alude a la lucha por la independencia contra Francia de los argelinos, que se resolvería en el siglo XX. Años después

de *Facundo*, libro de juventud del que no abjuró nunca (y donde debe decirse que hay páginas de fuerte hermosura propias del gran escritor que fue Sarmiento, “norteamericanizado indio bravo”, según lo llamó el primer o segundo Borges), publicó otro libro en que retomó y amplió el tema: *Conflicto y armonías de las razas en América* (1986).

Aunque después varió mucho su punto de vista, a mediados del siglo XIX Juan Bautista Alberdi no difería de Sarmiento. En *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* afirmó:

Las repúblicas de la América del Sur son producto y testimonio vivo de la acción de la Europa en América. Lo que llamamos América independiente no es más que la Europa establecida en América [...] Todo en la civilización en nuestro suelo es europeo [...] Nosotros los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera (Alberdi, 1991: 81-82).

Y más adelante:

Los americanos de hoy somos europeos que hemos cambiado de maestros: a la iniciativa española ha sucedido la inglesa y la francesa [...] Los libertadores de 1810, a su vez nos enseñaron a detestar bajo el nombre de *europeo* a todo el que no había nacido en América [...] En su tiempo, esos odios fueron resortes útiles y oportunos; hoy son preocupaciones aciagas a la prosperidad de este país (1991: 84-85, cursivas en el original).

Es evidente que hay un salto brutal entre el pensamiento de la emancipación y el de los constructores de la patria del criollo.

O INVENTAMOS O ERRAMOS

“O inventamos o erramos” fue divisa del venezolano Simón Rodríguez, quien con el chileno Francisco Bilbao encarna esta parte de la lección. La cual debe verse conjuntamente con la anterior. Ambas se van trenzando. Exagerando un poco, diría que en la primera aparecen los que estaban del lado del poder; y en la segunda, los que estaban en contra. Pero también puede decirse que Rodríguez es el reverso de Bello; y Bilbao, de Sarmiento. Tampoco implicaban generaciones distintas. Es más: Rodríguez era un año mayor que Bello. Ambos fueron maestros de Bolívar, aunque acaso sea mejor decir que Bello fue profesor suyo, y el delirante y apasionante Simón Rodríguez, su verdadero maestro. Con él, en plena juventud, recorrió Europa; junto a él hizo en el Monte Sacro, en Roma, el juramento de independizar a América. Rodríguez era antirracista y antioligárquico. Escribió: “Es necesario colonizar al país con sus propios habitantes, y para tener colonos decentes, instruir-

los en la niñez” (Rodríguez, 1975). Él también quiere instruir. Pero no, como Sarmiento, a los blancos, y matar a los de color. Él quiere instruir sobre todo a estos últimos, que son la gran mayoría de los habitantes de este Continente. ¿Cuáles son, según Rodríguez, “sus propios habitantes”? Esta es su pintoresca enumeración: “Tenemos huasos, chinos y bárbaros; gauchos, cholos y guachinangos; negros, prietos y gentiles; serranos, calentanos, indígenas; gentes de color y de ruana; morenos, mulatos y zambos; blancos porfiados y patas amarillas, y una chusma de cruzados, tercerones, cuarterones, quinterones y salta atrás”. Esta es la América profunda, la real. “Instrúyase al populacho”, añade, término que viene del italiano y quiere decir “pueblo menudo, gente menuda [...] El hombre no es verdaderamente despreciable sino por su ignorancia” (Rodríguez, 1982).

No menos impresionante es el chileno Francisco Bilbao (1986), de quien se leerá su “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas”. Como Rodríguez, mantiene viva la idea bolivariana de unidad. Como él, defiende la América profunda, real. Refiriéndose a Estados Unidos, exclama:

Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las Repúblicas del Sur nosotros los pobres, y vosotros, los felices y los ricos, no lo habéis hecho. Hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas, formando en el Perú la casi totalidad de la nación.

Y entrando en polémica abierta con Sarmiento añade:

Rechazo la gran hipocresía de cubrir todos los crímenes y atentados con la palabra ‘civilización’, y muestro como ejemplo de la prostitución de la palabra que corona la evolución de la mentira el hecho de que el ‘civilizado’ pida la exterminación de los indios o de los gauchos [...] Colonización, inmigración, gritan los políticos. ¿Por qué no colonizáis vuestra tierra con sus propios hijos, con vuestros propios hermanos, con sus actuales habitantes, con los que deben ser sus poseedores y propietarios? [...] Todo eso es amenazado por Europa, la conquista otra vez se presenta, la conquista del Nuevo Mundo.

Parece que está hablando del neoliberalismo un siglo después. Y luego:

Las viejas naciones piráticas se han dividido el Continente y debemos unirnos para salvar la civilización americana de la invasión bárbara de Europa (Bilbao, 1986).

Pensadores como Rodríguez y él mantuvieron viva la llama radical de los mejores emancipadores. Pero, desgraciadamente, no fueron atendidos a la hora de diseñar la patria del criollo.